

Solo un mensaje nuevo esperando que alguien, en el momento de despertar, lo abriese y al leerlo supiera que también aquella noche alguien había pensado en él con esa intensidad con la que solo se sueñan las realidades. Solo eso. Y bastaba.

Vuelta de un lado, vuelta del otro. Ruido de somier que dice entre ahogos que él sí quiere dormir. Cansancio en los huesos: la falta de sueño convertida en castigo para el cuerpo. Pero era joven y ya se sabe: «gente joven y leña verde...». Así solía sentenciar la singer, o la abuela, cuando ella salía y regresaba a las tantas, o cuando tenía examen al día siguiente y había que ponerse a empollar, y una sonrisa quedaba cosida en la tela mientras la costurera también sonreía, con aquella boca circundada de arrugas que ninguna plancha podría alisar jamás.

Otra sonrisa volaba ahora por el aire, desde alguna parte, y Marta no sabía por qué. Era quizás como los ojos de antes. Aquel par de ojos que ella había sentido incluso antes de verlos. ¿Alguien la estaba espiando? ¿Alguien leía sus pensamientos y por eso sonreía, porque sus pen-

samientos, algunas veces, eran tan agradables como para hacer sonreír?

Pensó que aquella locura iba a terminar trastornándola definitivamente si seguía perdiendo las noches pensando en ello y escribiendo a continuación en el móvil. Se apretó contra la almohada, concentrando todo su esfuerzo en quedarse dormida y, varias decenas de pensamientos más, tres o cuatro miradas desde lejos, alguna sonrisa náufraga y una respiración premeditadamente acompasada, llenaron para ella el necesario río del sueño. Solo tenía que lanzarse a la corriente calma y dejarse ir. Dejarse ir. ¿En eso consistía quizás la vida? ¿En un dejarse ir sin más?

«Eh, Martita, por ahí sí que no...».

Apretó más los ojos. Un poco más. Un poquito más. Así, ya va, ya viene, ya está...

Y se durmió. O en eso estaba, ya a punto de quedarse dormida, ya en un tris de dejarse ir, cuando una música conocida, alegre y, a pesar de eso, odiada, empezó a sonar.

Y soñar. A través de los sueños, Ranunca seguía percibiendo esa otra vida que fluye incluso a pesar de nuestras intenciones. Recibía avisos de los peligros que la esperaban en los recodos de los caminos por los que habría de pasar; de ahí que fuera diestra en evitarlos y seguir adelante indemne. Encontraba consuelo para sus desfallecimientos, principalmente porque Rangunde y Ruma se afanaban en precipitar sobre ella todas las fuerzas que pudiera necesitar. Y se veía a sí misma, como había sido y como era, quizás también como sería cuando aquella locura sin rumbo llegara a su fin, si eso sucedía algún día.

Fue también en uno de esos sueños, recogido al azar una noche tibia en la que durmió bajo un olivo —árbol que siempre permite un descanso tranquilo y reconfortante— cuando volvió a percibir una vez más aquella mirada que se dirigía a ella desde algún lugar. Primero temió que se tratara de una trampa urdida por la Gran Madre y por las cancerberas, hábiles constructoras de ilusiones engañosas presentadas bajo la más aparente inocencia. Pero, a medida que fue pasando el tiempo

y aquella mirada persistía sin ocasionarle ningún daño, Ranunca se acostumbró a considerarla una compañera en aquel periplo que la condenaba a la soledad extrema. Sentir la compañía de alguien, aunque no se conozca su condición, es una forma de sentirse un poco menos sola.

Acabó pensando que quizás aquella presencia necesitase igualmente su apoyo para remediar algún mal que ella desconocía. La vida de la gente está repleta de penalidades —lo comprendió a medida que el mundo se fue desvelando delante de sus ojos—, de ahí que exista tanto deseo volando por el aire, tantas angustias convertidas en sueños buscando ayuda desesperadamente.

Pensó en intentar ayudar a aquella otra, fuera quien fuera. Porque solo el que auxilia a quien no conoce suele recibir ayuda inesperada de desconocidos cuando más la necesita.